

LA GRANDUQUESA Y LA PAPA

Hace mucho tiempo, en un palacio de la Ucrania meridional —las auténticas historias, Fernández, siempre ocurren antes y lejos—, vivía la granduquesa Sonia. ¿Qué te puedo decir de esta noble dama? Pasaba los días ocupada en los múltiples asuntos de su granducado que ya sabrás cuáles son y no voy a repetírtelos porque si hay algo que quiero evitar es que te aburras.

Una tarde, mientras tomaba fresco en la terraza, se le antojó comer una papa. Dicen que estaba sentada en la mecedora cuando empezó a hamacarse frenéticamente y a mirarse los pies. Todos los parientes de Sonia —que descendía de un antiguo y complicado linaje ruso— habían sido antojadizos de la misma manera: de pronto se impacientaban, se miraban los pies y pedían algo. En este caso no estaba pidiendo nada extraordinario: la Ucrania meridional es zona papera, igual que Balcarce.

Sonia llamó a su mayordomo y le pidió la papa.

Para su sorpresa, el mayordomo le dijo que no había. Podía traerle caviar, peceto de lobo siberiano, salmones grises y ostras del Mar Muerto —¿has comido, Fernández, ostras del Mar Muerto?— pero papas no; lamentablemente, papas no. Ese año la cosecha había sido desastrosa. Miento, ni siquiera hubo cosecha. Los habitantes de la comarca habían estado experimentando con un fertilizante agroquímico de patente finlandesa y achicharraron las plantas apenas nacidas.

La granduquesa se deprimió rabiosamente; lo tomó como un insulto a su dignidad o más bien como una conspiración contra su persona y llegó a gritar que la querían matar de hambre. Le explicaron que no había sido más que un triste accidente provocado por la torpeza natural de esos aldeanos brutos que no habían sabido interpretar las etiquetas de los frascos escritas en finlandés. Pero ella no escuchó razones y dispuso que removieran cielo y tierra hasta conseguir una papa.

¿Hasta acá vamos bien? Vamos bien.

Los empleados del palacio pensaron que no tenía sentido remover el cielo buscando papas, de modo que mandaron emisarios a todos los campesinos de la co-

marca con la orden de que se pusieran a cavar sus tierras. Los campesinos cavaron, cavaron, cavaron, sin encontrar más que gusanos roncós y lombrices, lombrices y gusanos roncós.

La granduquesa bramaba de furia. Amenazó a sus ministros, pateó a sus camareras... En una palabra, se puso densa. Es que el deseo de papa era más fuerte cuantas más papas no había, ¿entendés? Al principio la papa era solamente una papa, después la papa se le hizo cuestión de vida o muerte precisamente porque no se conseguían papas. Por fin prometió la famosa Esmeralda Escarlata de su bisabuela a quien le trajera una papa.

La noticia se desparramó como el polen y entonces todos cavaron con extraordinario entusiasmo. Aunque ninguno de los campesinos había visto la famosa Esmeralda Escarlata, sabían que era la gema más preciosa de la corona y de todas las coronas de los alrededores.

Cavaron con tanto frenesí que transformaron los campos en un muestrario de cráteres; un revoltijo inútil porque nunca se han visto papas a más de dos metros de profundidad. ¡Hubieras visto cómo se pusieron el día que llovió! ¡El trabajo que les llevaría luego emparejar todo aquello! Lo único que consiguieron esta vez fue liquidar todas las madrigueras de vizcachas, que allá son plaga. Además hubo peleas porque al cavar uno tiraba las paladas de tierra sobre la excavación del vecino y el vecino sobre la suya de modo que nunca terminaban el agujero. ¿No te parece gracioso? Hoy no estás con ganas de reírte.

Pues no aparecía una papa ni para remedio.

A todo esto en la aldea vivía... ¿Quién vivía? En la aldea vivía un artesano que fabricaba enanitos de jardín.

Paso a describírtelos: hermosos enanos de yeso que cargaban al hombro una maceta llena de flores de yeso, totalmente hechos a mano porque entonces no se conocían los moldes. Con los primeros tuvo dificultades porque los paraba frescos y los enanos se le pfff... Pero después le salieron perfectos; todos iguales, divinos, mirando al horizonte, con trajecito, escarpines, barba y caperuza. Lo único que variaba un poco era el color: unas veces la caperuza era roja y los escarpines verdes, otras los escarpines eran rojos y la caperuza verde, eso iba en el gusto del cliente aunque por algún motivo tenían más salida los enanos de caperuza roja y escarpines verdes.

En otra época el artesano había hecho una pequeña fortuna vendiendo enanos a domicilio; la gente estaba fascinada con ellos y se los sacaba de las manos. Pero cuando uno tiene en su casa un enano, dos, tres, cuatro, cinco, no quiere más enanos. Llegó un momento en que él y su mujer empezaron a comerse los últimos ahorros porque casi nadie compraba ya enanos en la comarca. Para colmo ese año, con el naufragio de la cosecha, ¿quién iba a gastar plata en ornamentos de jardín? La mujer del enanista no hacía más que llorar sobre su propio hombro.

Así estaban las cosas.

Una mañana, mientras compraba huevos en el mercado, la mujer se enteró del antojo de la granduquesa y de la riquísima esmeralda que prometía. Mujer inteligente, tuvo una idea brillante que fue madurando durante el camino de vuelta a casa. Apenas llegó le pidió a su marido que fabricara una papa de yeso. Dijo exactamente:

—Boris, fabricó una papa de yeso.

No, no fue así. Le dijo:

—¿Qué tal si te fabricás, Boris, una buena papa de yeso?

El plan, naturalmente, era que Boris ofreciera la papa a la granduquesa. Si pasaba, pasaba.

¡Fernández! ¡Han pasado apenas quince minutos desde que empecé! Vuela el tiempo. A propósito: ¿vos sabés bien qué es una papa? Ya mismo traigo la enciclopedia y te digo...

¿Dónde la puse? No te impacientes, la estoy buscando, ya va a aparecer, no te duermas, no te... Acá está. Veamos. Tomo tres de la Sopena. ¿La «p» viene antes o después de la «ese»? Viene antes. Acá está: PAPA: (*gr. pappas*) m. *Sumo Pontífice romano*. No, esto no es. ¿A ver más abajo? Brsss, sbresss, dice: *Véase patata*. Busquemos patata. Patarata, patas, patasca... Aquí está: Patata. f. *Nombre de un tubérculo* —no te rías, Fernández— ... *un tubérculo grueso, redondeado, carnoso, abundante en fécula, marrón por fuera, amarillento o rojizo por dentro, que constituye el extremo de las raíces fibrosas de una planta herbácea anual, so-la-sánea... solanácea, de unos 50 cm de altura, con hojas desiguales y profundamente partidas, fruto de baya carnosa, flores en corimbos terminales...* ¿Qué cuernos serán los corimbos? Veamos. CORIMBO. m. *Bot. Dícese de las flores o frutos agrupados que nacen en distintos puntos del tallo y se elevan casi a igual altura.* ¡Qué bárbaro! ¿A igual altura de qué? No entiendo. Volvamos a la patata. *Es originaria de América donde crecía en estado silvestre en los alrededores del lago Titicaca y constituía el principal alimento de los indígenas de la zona. Llegó a Europa en 1570. Es rica en vita-*

mina C, almidones y azúcares. En el mundo existen más de mil —¡mil!— variedades que se usan en la alimentación humana, en la alimentación de animales y en la obtención de productos industriales como alcoholes, féculas —no bosteces—, textiles y jabones... ¿¡Jabones!? Vos ni te imaginabas que la papa se usa para hacer jabones. Claro, es ese que llaman jabón de papa. Y escuchá esto: *también se usa para fabricar el vodka que es un licor típico de Rusia. ¿Ves? Todo encaja perfectamente. ¿Satisfecho ahora? Sigo.*

¿Qué era para un hombre acostumbrado a fabricar enanos moldear una simple papa? Una pavada. En cinco minutos el artesano hizo una papa perfecta, con brotes y ojos. La pintó de color... A ver, Fernández: ¿de qué color pintó la papa? Lo dije antes, pensá, tomate todo el tiempo que necesites.

Marrón. Bien.

El enanista marchó al palacio y se hizo conducir ante la granduquesa. La ceremonia oficial de entrega de la papa fue una de las más emocionantes que hayas presenciado. Boris, flanqueado por una guardia de lanceros con uniforme de gala, avanzó sobre la alfombra con la papa hundida en una almohadilla de terciopelo carmesí. Sonia la aceptó con una sonrisa de reina, más que de granduquesa, e hizo un gesto a su asistente. El asistente se adelantó y entregó al enanista un cofre abierto con la famosa Esmeralda Escarlata, que era una piedra esplendente y gruesa como un carozo de palta. No hubo discursos, por suerte; hubo fuegos de artificio, música, baile, y todos brindaron muchas veces con vodka por la prosperidad del granducado.

La fiesta —son muy animadas las fiestas en Uca-

nia— terminó a la tarde del día siguiente.

Y en este punto, Fernández, los caminos de nuestros héroes se bifurcan: el hombre corrió a su casa contento para mostrarle la esmeralda a su mujer, y la granduquesa fue a refrescarse a la terraza pero antes le entregó la papa al cocinero para que la hirviera.

No necesito decirte que el verdadero problema empieza aquí.

A la hora de la cena la papa estaba tan dura como antes. El cocinero, un francés de la Provenza, pidió más tiempo. Era una papa tardía, dijo. Como la granduquesa jamás había entrado a una cocina no tenía la menor idea de cuánto tarda una papa en ablandarse.

La papa hervía, hervía, hervía.

A los quince días Sonia reclamó la papa. Como no estaba lista, despidió al cocinero francés y tomó a un cocinero belga. La papa seguía hirviendo, hirviendo, hirviendo. El belga nunca había visto una papa tan obstinada. Al mes, Sonia reemplazó al cocinero belga por un italiano que dobló todos los tenedores tratando de pinchar la papa. «¡Para cuándo esa papa!», gritaba la granduquesa con la servilleta al cuello. Y la papa hervía, hervía, hervía. Ni siquiera destiñó porque estaba pintada con esmalte a prueba de intemperie.

A los dos meses la granduquesa reemplazó al cocinero italiano por uno turco. Y la papa hervía, hervía, hervía. A los tres meses el cocinero turco enloqueció, quemó todas sus recetas en la hornalla, marchó al desierto y ayunó el resto de su vida.

Mientras tanto la papa seguía hirviendo, hirviendo. La granduquesa contrató a un cocinero alemán especialista en hortalizas duras. Y la papa hervía, hervía. A los

cuatro meses... ¡NO TE DUERMAS, FERNANDEZ!

Harta de tanta demora, Sonia llamó al artesano para pedirle explicaciones. El artesano naturalmente tenía una explicación, pero no le pareció prudente dársela. Entonces Sonia le ordenó que se ocupara personalmente de la cocción de la papa y si en dos semanas no estaba lista le cortaría la cabeza. Así de fácil resolvía las cosas esta gente.

Al pobre hombre lo llevaron a la cocina y lo ataron con una sog a la manija del horno.

Pasaron los días.

El infeliz vagaba entre los utensilios y lloraba sabiendo que su fin estaba próximo. No podía hacer otra cosa más que llorar y llorar. A su lado se cocían los manjares para la granduquesa, que volvían de la mesa intactos porque ella esperaba la papa; él tampoco los probaba, inapetente como buen condenado a muerte. La mujer, en su casa, también lloraba, bastante arrepentida ya que después de todo la idea había sido suya. Eran los dos únicos que lloraban porque eran los únicos que conocían la verdad de la papa.

Un amanecer, cuando faltaban veinte minutos para que al desventurado le cortaran la cabeza —y la papa hervía, hervía, hervía—, apareció su mujer en la cocina con una papa auténtica. Había pasado un año entero y comenzaba la nueva cosecha. ¿Qué tal? ¡No te esperabas esto! Yo tampoco.

El artesano, loco de alegría, echó a la olla la papa verdadera, que tardó diecinueve minutos en ablandarse. En el último minuto metió la espumadera para sacar la papa. ¡Era la falsa! ¡No, era la verdadera! ¡Era la falsa! ¿CUAL ERA? El artesano transpiraba. Ya resonaban en el

corredor los pasos de los verdugos. Tratando de pescar la papa se le cayó la espumadera dentro de la olla. ¡Maldición! ¿Dónde había otra espumadera? ¿Habría otra espumadera en esa cocina desgraciada? Buscó desesperadamente. Encontró una colgada, muy alto. Consiguió un banquito. Trepó. No alcanzaba. Se le enredaron los pies en la sogá, cayó, se levantó. Encontró un colador de té. Los verdugos abrieron la puerta. ¡Condenado colador! ¿Por qué los hacían tan cortos? Lo metió en la olla, se hirvió los dedos, gritó. ¡LOS VERDUGOS SE LE ECHARON ENCIMA! En el último segundo sacó una papa.

Milagrosamente era la verdadera.

Así fue como la granduquesa se dio el gusto de comer papa y así salvó el artesano el pellejo.

Pero no salió de pobre porque —se me olvidaba decirte, Fernández— la Esmeralda Escarlata era falsa como su papa y no se animó a hacer reclamos. Apenas consiguió venderle a Sonia un par de enanos para la terraza.

Moraleja: desconfiá de quien te ofrezca una esmeralda a cambio de una papa.